

¡A poblar! Representaciones sobre los “salvajes”, colonos, inmigrantes y territorios periféricos en Colombia, 1904-1940*

Álvaro A. Villegas Vélez**

Resumen

Este escrito busca dilucidar las propuestas mediante las cuales los intelectuales pertenecientes a las elites colombianas de la primera mitad del siglo XX pretendían culminar la conquista de los territorios periféricos y de sus habitantes. A través de la revisión de un conjunto de escritos producidos por esta elite, se identificaron tres ejes que marcaron las representaciones sobre estos territorios y su relación con la nación, éstos fueron: la capacidad colonizadora del componente humano nacional, la suerte que debían correr los “salvajes”, y la conveniencia o inconveniencia de la colonización a través de inmigrantes.

Palabras claves: Territorios periféricos, salvajes, inmigrantes, colonización, Colombia

Abstract

This article seeks to elucidate the process by means of which the Colombian political-intellectual elite of the first half of the XX century sought to culminate the conquest of the peripheral territories and their inhabitants. In order to fulfill this purpose a writing set produced by these elite will be reviewed. In this set were identified three main axes that marked the representations about these territories and their relation with the nation, these were: the colonizing capacity of the national human component, the future of the savages, who were the real owners of the peripheral territories and the convenience or inconvenience of the colonization through immigrants

Key words: Peripheral territories, savages, immigrants, colonization, Colombia.

Introducción

La primera década del siglo XX planteó una serie de interrogantes a los encargados de pensar y administrar el Estado-nacional. La Guerra de los Mil Días, la separación de Panamá y la celebración del Centenario fueron acontecimientos que, sin duda, incitaban a la reflexión sobre el devenir del “organismo nacional”, su salud, su destino y los progresos que se habían alcanzado en un siglo de vida independiente.

* Artículo tipo 2: de reflexión. Según clasificación de COLCIENCIAS. Pertenece al proyecto de investigación de la tesis de maestría titulada *Cuando el pueblo se vuelve raza. Racialismo, elite, territorio y nación (Colombia, 1904-1940)*.

** Antropólogo y magíster en historia. Becario del doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín y miembro del grupo de investigación *Prácticas, saberes y representaciones en Iberoamérica* de esta misma universidad. aavilleg@unal.edu.co

Los territorios periféricos se convirtieron en este contexto en una importante preocupación de los intelectuales vinculados a los partidos políticos tradicionales y que ejercían con frecuencia altas dignidades en la política nacional. Para ellos se volvió evidente que había más territorio que nación, puesto que numerosas regiones poseídas jurídicamente por la república estaban abandonadas por el Estado, siendo controladas por grupos que aún conservaban formas económicas que dificultaban el acceso de los productos de estas zonas al mercado y hacían imposible el usufructo de extensas regiones que se consideraron ricas despensas agrícolas, mineras y potenciales receptoras de enormes olas de colonos nacionales e inmigrantes extranjeros.

La incompleta apropiación del territorio nacional se convirtió en un tema de amplia discusión y convocó a un número amplio de intelectuales y políticos durante las primeras décadas del siglo XX. Para la generación dirigente que relevó a los patriarcas decimonónicos liberales y conservadores, e incluso para algunos de ellos, era claro que los conocimientos modernos debían ser puestos al servicio de los proyectos de construcción nacional y que la patria debía estar por encima de los partidos.

No es de extrañar, pues, que el general, abogado, geógrafo aficionado y político liberal Rafael Uribe Uribe (1979, p. 309), denunciara en 1907 que las dos terceras partes del territorio que pertenecían de derecho a la república, eran un territorio en el cual las familias colombianas o extranjeras no podían establecerse sin peligro de ser atacadas por los “salvajes” que guardaban celosa e improductivamente sus extraordinarios recursos, haciendo evidente con ello, que en Colombia la conquista aun no había culminado.

Estos *salvajes* eran asimilables a menores de edad (Ley 89 de 1890) y en esa medida, considerados como seres en proceso de completa humanización que oscilaban entre la más completa inocencia y las más grandes perversiones. Seres, en última instancia, que debían ser puestos bajo la tutela de adultos responsables y comprensivos que los llevaran pacientemente de la mano por el camino de la civilización, entendida bajo el marco de esta ley y del proyecto político de la Regeneración, como equivalente a la cristianización, castellanización, colombianización y formación como trabajadores rurales sedentarios y disciplinados.

La conquista de los territorio (de los) *salvajes*, no estaba supeditada exclusivamente al despojo de los grupos indígenas y negros de la Amazonía, la Orinoquia, las cuencas de los grandes ríos y el Pacífico, era, también, una garantía contra el carácter expansionista de otros Estados nacionales, siendo necesaria para que hechos considerados tan infaustos, como la pérdida de Panamá, no se repitieran, sobre todo ante el peligro que recaía en el sur del país ante la explotación cauchera peruana.

La nacionalización de los territorios periféricos requería indudablemente su poblamiento, pero “En la América, como lo dijo Alberdi, ‘gobernar es poblar’, pero poblar regenerando” (Jiménez López, 1920a, p. 39). Desde esta perspectiva, la única colonización exitosa era aquella en la cual los colonos fueran adecuadamente seleccionados.

La integridad de la nación y su “progreso” requerían pues, la explotación eficiente de las zonas productivas y la colonización de las regiones representadas como desiertas al ser poseídas por salvajes. Luis López de Mesa, uno de los eruditos más respetados de este momento e importante dirigente liberal, planteó la necesidad de colonizar las zonas de vertiente desocupadas en las tres cordilleras y a largo plazo de la Amazonía y la Orinoquia, tanto con elementos colombianos que hubieran mostrado su valía colonizadora, como con inmigrantes europeos bien escogidos en Italia y en España; para los climas menos malignos se podrían traer incluso alemanes, escandinavos e ingleses. Se trataba en definitiva de asumir las riendas de la colonización puesto que:

El fenómeno del poblamiento se cumple por imposición ineluctable, ora con los elementos adecuados, ya con los venidos a menos o ineficaces de suyo: No quisimos nunca estudiar a fondo este problema, confiados en que las leyes del azar nos son propicias: La resultante es que donde pudiéramos tener ahora unos cuantos millones de ciudadanos de buen cruzamiento, asimilados y cultos y tan patriotas como los descendientes de don Sebastián de Belalcázar, vemos ocupado el puesto por cepa más débil cada día, y por inmigrantes de dudoso aprovechamiento racial y cultural (López de Mesa, 1939, p. 345).

Se trataba, en síntesis, de la necesidad enunciada desde el siglo XIX de expandirse por todo el territorio y no seguirse refugiendo en las cordilleras. El ingeniero y político liberal Alejandro López (1931, p. 11) lo expresaba claramente al señalar: “Una población relativamente numerosa y más o menos uniformemente distribuida en el territorio de cada nacionalidad, es condición indispensable del progreso hacia la cultura”. Para luego agregar:

Ocupamos de preferencia las alturas frescas, favorables a la salud y al a actividad, y desde allí podremos dominar los valles ardientes de exuberancias prodigiosas y tentadoras, por medio de transportes que nos permitan volver a las líneas de base al sentir los mordiscos del trópico inclemente. Todo depende de que sepamos colonizar *al derecho* nuestras propias colonias, que la naturaleza nos dio como inagotables reservas explotables sin necesidad de salir del territorio patrio, del sistema económica y de la balanza de cuentas que nos hace solidarios, más solidarios mientras más densa sea la población (1927, p. 12).

La capacidad colonizadora del componente humano nacional, la suerte que debían correr los “salvajes”, y la conveniencia o inconveniencia de la inmigración fueron los tres ejes que marcaron las discusiones sobre como *colonizar al derecho*

esos extensos y ricos valles ardientes.

Antioquia, el “árbol verde de la República”

Muchos de los intelectuales colombianos señalaron que el futuro de la nación dependía del departamento de Antioquia, considerado el más vigoroso y un verdadero “árbol verde” en medio del desierto de la preocupante situación del país (Jiménez López, 1920b, p. 56). Este vigor se debía a la homogeneidad y a la blancura de su población, a la salubridad de su medio, a la fecundidad de su gente y a la fortaleza de su familia y de su moral.

Intelectuales tan diferentes como Luis López de Mesa y Fernando González coincidieron en afirmar el carácter sui generis de la raza antioqueña:

En Antioquia la raza ha evolucionado hasta la más profunda divergencia social y política con el resto de la república. La familia y el Gobierno son formaciones suyas muy especiales y dignas de un estudio aparte, lo mismo que el carácter individual de sus pobladores. Tienen una fisonomía angulosa, plegada y recta, severa y varonil, sobre una contextura generalmente alta, fuerte, nervuda y un poco pesada al andar (López de Mesa, 1920b, p. 85).

Sí como lo planteó González (1995, p. 27), en Colombia cada departamento era una nación, para algunos miembros de la élite no cabía la menor duda de que la nación más consolidada era Antioquia, a lo cual algunos agregaban que este departamento-nación poseía el gobierno más democrático del mundo, tal vez el único que merecía este apelativo (López de Mesa, 1920a, p. 122).

La proverbial democracia antioqueña se había formado, según sus defensores, desde el período colonial, a través de la interacción entre el entorno montañoso, la procedencia de sus primeros colonizadores y un aislamiento de tres siglos. Para Luis López de Mesa (1920a, p. 114), la historia del departamento de Antioquia se dividía en tres etapas: “hasta 1864, muy rudimentaria e indefinida, muy poco saliente y caracterizada, de 1864 a 1910 consolidóse un sentimiento de capacidad, de individualismo y aun de rebeldía recóndita que estuvo a punto de estallar en grave forma durante el Quinquenio; de 1910 en adelante apareció dentro de lo político una comprensión elevada de su misión nacional y vino a ser un poderoso núcleo de paz en el interior y de resistencia para el peligro externo.”

Durante la primera etapa, se fue formando la raza antioqueña a partir de un pequeño número de colonizadores, vascos principalmente y de negros traídos como esclavos que se irían mezclando y homogeneizándose en medio del aislamiento concedido por la abrupta geografía. Sin embargo, la región tendría una vida casi vegetativa en esta etapa y cuando el Oidor Mon y Velarde visitó, en la década de 1780, el actual territorio antioqueño no pudo más que referirse al salvajismo e idiotismo de sus habitantes y a la improductividad de la tierra (López,

1927: 20).

Alejandro López, agregaba que la triste situación de los antioqueños de finales del siglo XVIII, no se debía a ningún tipo de inferioridad constitucional sino a su intenso amor a la libertad. Ante la falta de independencia laboral del sistema económico de la Colonia, los antioqueños preferían internarse monte adentro y escapar así al control gubernamental.

De acuerdo con este intelectual, las reformas de Mon y Velarde garantizaron la equitativa distribución de la propiedad a través de la reorganización de la minería y la repartición de la tierra, creando de esta forma, una población de pequeños propietarios dedicados a la agricultura y a la minería, orgullosos de sí mismos, independientes y productivos, lo cual les permitió sostener sus crecientes familias

Estas actividades marcaron el patrón de asentamiento de esta raza, en la opinión de López de Mesa (1920a, p. 118):

Espacióse suavemente la ciudad agrícola en el seno de valles fecundos o de las placidas mesetas. Más no se aislaron una de otra, sino que se prestaron mutuo apoyo y sustento con gran beneficio de la homogeneidad de la sangre y del espíritu de sus pobladores. De ahí que en Antioquia no haya dos clases sociales sino armoniosa gradación social y uniformidad intelectual, moral y política como os lo diré después. Estas dos actividades económicas conservanse hoy transformadas y engrandecidas que, la una vinole a Antioquia su redención por el cultivo del cafeto y de la otra surgió el espíritu industrial que la ha extendido a toda la República y la llevó hasta Norte América en pugna audaz y según parece victoriosa.

Esta aparente homogeneidad e igualdad social fue considerada posible, por Emilio Ruiz Barreto (1909), gracias a la relativa debilidad de las instituciones coloniales de la esclavitud y de la encomienda, y permitió que el temperamento progresista, dinámico, demócrata, ambicioso, religioso, conservador y expansionista se irrigara equitativamente por toda la población.

Mediante esta representación, generalmente aceptada, de la uniformidad racial, los antioqueños fueron considerados como la raza regional más consolidada de Colombia, es más, como la mejor raza de la nación, tal como lo comprobaba la ausencia de defectos atribuidos por Gustave Le Bon a las razas latinas, idea defendida empecinadamente por Libardo López (1910, pp. 6-7):

Si, aparte, las condiciones anatómicas, lo que define una raza superior es el carácter ó energía moral, en virtud de la cual el pueblo forma un bloque refractario á toda asimilación; si la síntesis de la manifestación de raza superior es el formar el carácter de un pueblo [...] y si el exponente de ese carácter consiste en el vigor con que se anulan los elementos extraños, ya éstos penetren en el pueblo, ó ya

sufran su invasión, no es difícil concluir, conforme á esas ideas, que hay un lugar en la América latina en que existe esa roca ideal de una raza superior, y ese lugar es Antioquia.

Esto queda plenamente comprobado, al parecer de Libardo López, si consideramos que en Antioquia no se había podido formar ninguna colonia extranjera, pues los inmigrantes eran asimilados rápidamente, hecho que no ocurría con los colonizadores antioqueños que reemplazaban paulatinamente a los nativos. Es justo esa potencia expansiva y la imposibilidad de asimilación, la que definía el carácter de la raza y hacía que sólo los antioqueños de Colombia, fueran superiores a los antioqueños de Antioquia, en las palabras de este intelectual.

La aparente fortaleza de los antioqueños hacía que fueran considerados los únicos capaces de darle unidad y llevarle progreso a la nación a través de su expansión, pues como lo planteó Lanao Loaiza (1920, p. 13): “El departamento más importante en Colombia ha de ser pues, Antioquia, porque ha dado más ciudadanos a la República”. Por su parte, Fernando González (1995, p. 46), abogado, intelectual y diplomático antioqueño, planteó originalmente en 1936 que: “(...) Colombia debe prohibir en absoluto la inmigración, hasta ver si el pueblo antioqueño necesita ayuda en su misión de unificar el país”. Para él, los antioqueños venían integrando a la república de Colombia desde hace 100 años, llevando sus cualidades y perdiendo sus defectos en la colonización.

La fecundidad fue una de las representaciones más poderosas dentro del imaginario que se construyó sobre la raza antioqueña, Antioquia fue comparada con Rea, fecundante y pobladora, e incluso el maíz y el frijol, predominantes en su alimentación, fueron pensados como alimentos que obraban sobre las glándulas sexuales (Bejarano, 1920, p. 200).

A pesar de la aparente naturalidad con que fue asumida la particularidad antioqueña, los procesos de identificación en Antioquia y la asociación al departamento de ciertos valores, son construcciones sociales que surgen a mediados del siglo XIX y que hacen posible dos tipos de relaciones articuladas pero diferentes:

hacia adentro, en el ámbito regional, ha tendido a regular los comportamientos de la población con el fin de acomodarlos a una moral de carácter modernizante pero conservadora y, hacia afuera, es decir, en relación con el contexto nacional, ha pretendido justificar el dominio económico de las élites de Antioquia en el país y, a su vez, ha hecho de la hegemonía de su riqueza una razón para reforzar la representación mental de sí mismos (Escobar, 2004, p. 420).

Cristina Rojas (2001, p. 268-270), Marco Palacios y Frank Safford (2002, p. 482) y María Teresa Arcila (2006), por su parte, han mostrado cómo desde la segunda mitad del siglo XIX, la idea de la homogeneidad de lo antioqueño, permitió que la

elite se representara a sí misma como cercana al pueblo, en especial a los campesinos, al compartir una serie de valores como el ferviente catolicismo, la férrea unión familiar, el conservatismo político y la capacidad de trabajo arduo e independiente, lo cual redujo la utilización de la violencia en las relaciones laborales y en la vida cotidiana.

Sin embargo, esta relativa horizontalidad social solo cobijó a los pobladores del área andina del departamento, excluyendo a los miles de habitantes de las fronteras internas del río Cauca, el río Magdalena, Urabá y la zona limítrofe con la costa Atlántica, las cuales correspondían a territorios situados a una menor altitud, con fuerte presencia del liberalismo y con una mayor población de gente negra y mulata (Palacios y Safford, 2002, p. 482).

Luis López de Mesa (1920a, p. 119) en su análisis de la colonización antioqueña hace visible esta asimetría. Para él los emigrantes antioqueños tomaron dos direcciones, el colono agrícola, reposado y de más pura sangre se dirigió al sur formando Caldas e invadiendo y vigorizando los departamentos del Tolima y del Valle del Cauca. Estos colonos conservaron todos los caracteres raciales antioqueños e incluso los exacerbaron en las ciudades de Manizales y Armenia. Hacia el norte se dirigió la segunda ola colonizadora formada por mulatos que arribaron a los aluviones del río Nechí y del río Cauca, esta población estuvo conformada por bandidos en potencia o en acto. La selva y la minería los tornó aún más agresivos y la falta de control eclesiástico y de vida familiar los hizo alcohólicos y jugadores, situación que solo se revertiría según este autor, tres generaciones más tarde.

La expansión antioqueña fue descrita entonces, como una oportunidad expedita, no sólo de explotar los recursos de las zonas “incultas”, sino también de imponer el modo de vida antioqueño y guardar la integridad nacional, lo cual le dio su carácter épico al ser una colonización basada en la capacidad de tumbar la selva y abrir claros para la agricultura, en territorios que se concebían como vacíos e improductivos (Appelbaum, 2003; Escobar, 2004).

Para Alejandro López (1927, pp. 50-51), a través de la colonización, la “raza antioqueña” resolvió por sí sola el problema agrario, uno de los principales del país, al expandirse por territorios en donde cumplió su ambición de poseer tierra y conservarse altiva y libre. Sin embargo, en su opinión, los estadistas no podían esperar que el hacha del hombre medio colombiano tuviera tanta efectividad contra las escrituras de los latifundistas como la de los antioqueños; se requería entonces que el Estado ofreciera oportunidades a los excluidos para adquirir pequeñas propiedades, por procedimientos razonables, creando así lo que este intelectual denominó un campesino terrateniente, quien junto con el artesano, eran los mejores elementos de la nación como lo mostraba Antioquia en donde ambos abundaban.

Desde una posición similar Jorge Eliecer Gaitán (1968, p. 63) planteaba en la década de 1920:

Si algún día en el extranjero alguien me pidiera un testimonio irrecusable de la potencialidad de la raza colombiana, yo lo llevaría a Manizales para que comprobara que tal ciudad no pudo haber sido construida sino por un magnífico tipo racial, parangonable con los más selectos. Pero observo que ello tiene sus causas, las que radican precisamente en la repartición de la tierra. Someted aquel bravo pueblo al régimen de servilismo, de extorsión, de latifundio a que los trabajadores del campo se hallan sometidos y en un futuro próximo también encontraríais la gleba taciturna, débil y analfabeta que avergüenza nuestra vida nacional en otras partes. (...). Luego el problema de la tierra es problema de proyecciones raciales, económicas y éticas que urge resolver.

Para estos políticos e intelectuales era injustificado brindarles a los inmigrantes las facilidades que nunca se le habían dado a los nacionales para que éstos pudieran mostrar su valía. Sin embargo, esto no implicaba necesariamente un rechazo a la inmigración sino la necesidad de planearla mejor y mezclarla efectivamente con los colonos colombianos al tiempo que se aprovechaban los miles de “salvajes” disponibles.

Los salvajes y las márgenes de la nación

El general Rafael Uribe Uribe (1979) señaló, en 1907, que los inmigrantes debían constituir la última fase de la conquista y poblamiento del territorio nacional, la cual debía estar antecedida de la democratización de la propiedad en las zonas pobladas, para luego despejar los poblados más densos y pobres llevando sus habitantes a los territorios desiertos e improductivos, antes de la llegada de los inmigrantes.

Los llamados a la conquista de estos espacios, partían de una perspectiva que establecía una relación de equivalencia entre el salvajismo del territorio y el de sus habitantes, lo cual hacía posible la representación del sur del país, en especial de la Amazonía como una frontera a civilizar, en un proceso secular que parecía no tener fin desde que había sido iniciado por las misiones franciscanas durante la Colonia (Domínguez y Gómez, 1994).

La Amazonía fue construida como una región marginalizada por su salvajismo, dominada por los Otros y peligrosa para los pobladores civilizados, constituyéndose entonces, en el revés de los espacios nacionalizados dada la ausencia del Estado (y su reemplazo por agentes sociales como la Iglesia Católica y los empresarios caucheros), el alejamiento de los núcleos urbanos de las cordilleras y la presencia de etnias aparentemente aisladas, puras, belicosas y prístinas.

La representación recurrente de estas características, sedujo y disparó la imaginación, construyendo espacios virtuales marcados por los mitos, sueños y pesadillas nacionales. La Amazonía colombiana fue imaginada como uno de los lugares trascendentales para el deseo civilizador de la elite colombiana. Deseo que funcionó no pocas veces como un proceso de deshumanización que redujo a estereotipos la diversidad sociocultural, esencializando la condición salvaje y oponiéndola a la civilización, al orden y a la racionalidad, lo cual justificó el ingreso al mercado capitalista de este territorio bajo una economía extractiva en la cual la mimesis colonial se invertía y el colonizador se apropiaba del salvajismo del colonizado tal como lo mostró el holocausto cauchero y las misiones capuchinas (Bonilla, 1969; Villegas y Botero, 1978; Serje, 2005; Taussig, 2000; Villegas, 2006).

En este contexto, el método de colonización en tres fases propuesto por Uribe Uribe hacía de la reducción de la población salvaje la garantía del éxito de la conquista y colonización de los territorios incultos, para él (1979, p. 310):

El complemento de la Conquista, de que estoy hablando, vale por sí solo millones, pues con ella conseguiríamos convertir de nominal en real la posesión de la tierra –único título que hoy se respeta, desde que los hechos y la fuerza están sustituyendo al derecho- y conseguiríamos también 300.000 trabajadores aclimatados, los más útiles para la clase de industrias que por muchos años todavía serán posibles en nuestro país: las extractivas y la pastoril.

La Casa Arana a pesar de su crueldad, fue considerada por el general como un ejemplo al respecto, puesto que sin desplazar a los “salvajes” de su medio natural los hacía productivos. Sin embargo, era necesario también educarlos religiosa, mental e industrialmente y defenderlos del rapto de los extranjeros.

Las ventajas de este tipo de reducción serían, de acuerdo con este político e intelectual, la conquista de centenas de miles de almas para el cristianismo y de brazos para la república, de las dos terceras partes del territorio patrio, y la defensa de las fronteras nacionales. No reducirlos y asimilarlos implicaría en un futuro un alto costo en vidas y dinero al tener que combatirlos, pues la historia ha evidenciado que cuando una raza civilizada se encuentra con una raza bárbara la primera extermina o esclaviza a la segunda, o le enseña su lengua, pues los “salvajes” siempre se han considerado enemigos de quienes hablan una lengua diferente.

El método de reducción propuesto por Uribe Uribe constaba de tres componentes: la colonia militar, el cuerpo de intérpretes y las misiones. La primera serviría para defender las fronteras y disuadir a los salvajes de realizar ataques. El cuerpo de intérpretes estaría integrado por indígenas educados desde niños en el cristianismo, en el español y en algún oficio; ellos se encargarían de transmitir estos conocimientos a los otros indígenas y servirían como foco de atracción al ser

ejemplos vivientes de las ventajas de este tipo de vida. Finalmente, las misiones se encargarían de formar los cuerpos de intérpretes y de evangelizar e inculcar valores nacionales a los indígenas que progresivamente se fueran reduciendo.

Desde esta perspectiva, las transformaciones bruscas debían ser evitadas, puesto que la experiencia había demostrado que los cambios más perfectos son aquellos que se obtienen por la persuasión a través de varias generaciones. Detrás de este método de reducción, se hace explícita toda una racionalidad económica que busca, no sólo asegurar la posesión territorial de estas áreas sino también reducir los costos que su explotación por inmigrantes podría traer:

Pues bien: tenemos 300.000 indios que ya están en el país, como nacidos en él. Por cuanto no todos son hombres ni todos útiles, pongamos que sólo valgan a cien dólares, la décima parte de un inmigrante europeo. Estoy seguro de que sabiendo aprovechar el trabajo del indígena, dará el interés del capital en que se le aprecia. Luego la población indígena vale 30 millones de peso oro, mínimo (Uribe Uribe, 1979, p. 328).

La importancia de la población indígena crecía aún más, nos plantea Uribe Uribe, si consideramos que las tierras en las cuales habitan no podían ser cultivadas por la raza blanca, si antes no eran domesticadas por la población nativa que estaba adaptada al medio tropical. Se hace visible aquí un quiebre con las modalidades de reducción del siglo XIX, pues no se trataba de hacer que los “salvajes” cultivaran la tierra, pues eso sería, en su opinión, obligarlos a cavar su propia tumba, al hacerlos pasar de un momento a otro de cazadores a agricultores, paso que a la humanidad le había costado millares de siglos dar.

Se recomendaba entonces, que los salvajes se siguieran dedicando a la silvicultura, la recolección y dieran el paso hacia el pastoreo, pues, transformar el bosque en llanura y al cazador-recolector en pastor era un avance, no muy abrupto, en la escala evolutiva, mientras dedicar colonos blancos en esta actividad era retroceder del ciudadano al pastor.

Es posible detectar toda una lógica en la cual las transformaciones del medio se vinculan a la evolución de los pobladores nativos y colonos que se puedan asentar en él. Recapitulando ideas de varios siglos de antigüedad (Gerbi, 1982), los intelectuales colombianos planteaban que el entorno dominaba a las poblaciones “primitivas”, mientras las civilizadas, a su vez, se imponían sobre el medio.

La grandeza de la nación se sustentaría, entonces, en la utilización de los 300.000 indígenas, la paulatina colonización con elementos nacionales que se mezclaran con los nativos y en último lugar, la llegada de colonos extranjeros a los núcleos ya poblados. Invertir este orden implicaría una gran pérdida de dinero y muchos disgustos, pues sería como poblar las haciendas de tierra caliente con ganado europeo de clima frío, señala el general.

Además de su adaptación al medio, el indio amansado y el mestizo fueron considerados elementos más productivos –con excepción de los antioqueños– puesto que los demás blancos se habían dedicado a la actividad intelectual y los negros eran indolentes por naturaleza. Ante este diagnóstico, Uribe Uribe (1979, p. 333) concluía que la mezcla racial no solamente era necesaria sino beneficiosa, tal como lo demostraba la teoría darwiniana:

Para fundar la consoladora previsión en que creo, prescindo de argumentos teológicos, y me apoyo en leyes naturales y hechos científicos bien establecidos. Partiendo del principio darwiniano de la selección de las especies, por la supervivencia de los más fuertes, no es posible suponer que la naturaleza organizadora de la vida con leyes inflexibles, hubiese hecho fecundos los cruzamientos humanos si no hubiese tenido en mira el mejoramiento de la especie.

El darwinismo, en este caso social, explica asimismo, el énfasis en utilizar a los indígenas exclusivamente en actividades extractivas, pastoreo y transporte, pues son ocupaciones acordes a su grado evolutivo, el intento de hacerlos “saltar” abruptamente del estadio de salvajismo a la civilización no provocaría más que un estruendoso fracaso.

En definitiva la estrategia de este político y letrado buscaba que la evolución siguiera lo que él consideraba su curso natural, la labor de los dirigentes consistía en evitar los obstáculos a ese curso, obstáculos tales como la guerra y la inmigración de razas no aptas para el progreso:

“Dejemos que se derrame hacia nosotros el gran recipiente de población caucásica que es Europa; no provoquemos ni permitamos la entrada de un solo hombre más de raza negra y amarilla: los africanos e indígenas puros que tenemos acabarán fatalmente por desaparecer; pero si fuéramos previsores y humanos, mezclaremos antes nuestra sangre con la suya para inyectarnos las inmunidades que ellos poseen contra el influjo destructor de nuestros climas cálidos.” (Uribe Uribe, 1979, p. 335).

Los inmigrantes deseados y los inmigrantes posibles

Frederic Martínez (1997), ha mostrado cómo desde el siglo XIX, la inmigración se vinculó al deseo de expandir la frontera agrícola de Colombia. Amplios sectores de las elites colombianas del siglo XIX y del siglo XX soñaron con una inmigración masiva y favorecida por el Estado colombiano, de agricultores europeos que poblaran, despejaran y cultivaran las zonas marginalizadas del país. Con este fin se promulgaron leyes en 1847, 1871, 1892 y 1922.

Las dos primeras leyes, coincidían con el auge de la producción tabacalera y las dos últimas con el apogeo del cultivo del café. Sin embargo, la mano de obra nativa para impulsar estos cultivos nunca escaseó, aunque si fue común, por parte

de las elites, la idea de que había una insuficiencia de trabajadores, es decir, de sujetos productivos.

Desde la perspectiva de dirigentes como Luis López de Mesa (1927a), la llegada de inmigrantes era siempre un hecho bien recibido, mientras éstos hubieran sido bien seleccionados. Para él, había tres tipos de inmigración, la primera de carácter técnica y profesional en las áreas en las cuales el país no contaba con el material humano para competir con las naciones desarrolladas; la segunda, denominada celular, es decir, a cuentagotas, en la cual, los extranjeros podían ser ubicados en las diferentes actividades agrícolas o industriales de acuerdo a los caracteres inherentes a su nacionalidad; y la última, la inmigración que permitiría fundar colonias en lugares como la Sierra Nevada de Santa Marta, Valledupar, el Sinú y Urabá. Las colonias eran consideradas por este intelectual como centros de población y de riqueza, que requerían para buen funcionamiento, caminos transitables, mercados cercanos, garantías higiénicas y la cercanía de colombianos que sirvieran como elementos de aclimatación, de nacionalización, de mestizaje y de enseñanza de la lengua.

Los inmigrantes, fueron considerados como mucho más que mano de obra, eran trabajadores en un sentido pleno, a la vez que ciudadanos, en definitiva factores de progreso material e intelectual. Los propósitos de la Ley 114 de 1922 fueron contundentes al respecto al plantear que para impulsar el mejoramiento de las condiciones étnicas y morales, se fomentaría la inmigración individual y familiar de personas que por sus condiciones personales y raciales no sean motivo de precaución, al mismo tiempo que se impedirá la entrada de quienes si lo sean.

Para los intelectuales pertenecientes a los partidos políticos tradicionales, la inmigración era un asunto simultáneamente biológico, higiénico, patológico, racial, económico, y social, en donde las dos últimas dimensiones estaban subordinadas, para la mayoría de ellos, a la primera, lo cual hacía necesario su manejo eugenésico como lo habían mostrado naciones como Estados Unidos, Canadá, Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda y Argentina, con sus leyes de cuotas para regular la inmigración. Desde esta perspectiva no cabía la menor duda que: “política de inmigración no es una bella frase, sino la expresión de sesudas normas de depuración de estas nacionalidades indoeuropeas para ecuatoriales.” (López de Mesa, 1927b, p. 5).

Las normas de depuración para la inmigración masiva, que nunca llegó al país, fueron objeto de controversia. Para muchos de estos políticos y pensadores, el arribo de judíos, árabes y negros era considerado perjudicial para el progreso de la nación; la polémica se tornó más marcada en el caso de la inmigración masiva de la población “amarilla”, dadas las noticias sobre el acelerado progreso de Japón durante las primeras décadas del siglo XX y la cercanía biológica de esta población con los indígenas, lo cual podía favorecer su mezcla.

A pesar de estos puntos a favor, personajes como Diego Mendoza (1994), Rafael Uribe Uribe (1979), Fernando González (1995) y Miguel Jiménez López se opusieron a la llegada masiva de asiáticos. El último de ellos contestó en 1929 una solicitud del Ministro de Agricultura sobre la viabilidad, desde el punto de vista étnico, de colonizar el departamento del Meta con 2000 japoneses.

Para Jiménez López (1929) el estudio étnico del tema requería tener en cuenta la posibilidad de mezcla con la población nativa y la facilidad con que se pudieran asentar en el territorio nacional definitivamente. Agregaba que los japoneses que se han asentado en Estados Unidos, con un clima similar al de su país de origen, se habían adaptado bien, mientras los que habían llegado al Perú, a Cuba y a las Guayanas, habían sido diezmados por el trópico a través de enfermedades como la uncinariasis, la lepra, la tuberculosis y el pián. En definitiva, los japoneses podrían adaptarse a la vida relativamente cómoda de las ciudades costeras, más no a las altas temperaturas, a la humedad y a la fauna hostil de la Orinoquía colombiana.

Como si fuera poco, para este intelectual, las leyes de la herencia de Mendel, demostraban sin lugar a duda, que los japoneses podrían aportar su amor al trabajo, su destreza manual, su sobriedad, su resistencia a la fatiga, su aptitud para la guerra y su gusto por las artes, pero también provocarían una regresión hacia tipos y proporciones fisonómicas que el mundo en su conjunto evitaba y consideraba con desagrado. Además, sus cualidades tendían a convertirse en defectos en los países a los que emigraban, pues, por ejemplo, su solidaridad se transformaba en un obstáculo para que se relacionaran con otros elementos étnicos, haciéndose prácticamente inasimilables como lo había mostrado la experiencia californiana (Mendoza, 1994). En la opinión de Jiménez López, otras cualidades suyas, como el gusto por el detalle, degeneraban en rutina, situación en que se asemejaban a los indígenas y que se reforzaría con el contacto de ambas razas.

De acuerdo con este intelectual, la mezcla de seres semejantes es generalmente beneficiosa, pero en este caso, se rompía esta regla, pues, las similitudes entre indígenas y asiáticos, eran producidas por entornos muy diferentes. De este modo, tal como lo planteó Herbert Spencer, si cada raza era fruto de su adaptación a un modo peculiar de vida, el mestizaje de razas provenientes de entornos diferentes, traería consigo que sus descendientes no se hallaran adaptados a ninguno de los dos medios de los cuales provenían sus padres.

El caso peruano fue considerado por él, como un vivo ejemplo de esta situación, los “híbridos” de japonés y blanca o mestiza peruana, habían resultado poseedores de rasgos morfológicos y de carácter, extraños, inarmónicos y desagradables; el cruce de japonés con negra o con indígena, había dado como resultado caracteres físicos y morales que rayaban con lo deforme:

Los rasgos fisonómicos y corporales, en general, de estos híbridos son de una desproporción y de una repulsividad que se impone desde el primer momento. Estos desgraciados productos son invenciblemente inclinados a las peores formas de degradación moral: al alcoholismo y a todas las intoxicaciones, a las manifestaciones sangrientas de la criminalidad, al robo, a la estafa y las más bajas perversiones sexuales. (Jiménez López, 1929, p. 26-27).

La inmigración deseada, por el contrario, era la que intensificaba las cualidades de las tres cepas raciales presentes en Colombia, al tiempo que le sumaba nuevas características positivas; los europeos fueron los escogidos para realizar la difícil labor de corregir los defectos provocados por la mezcla espontánea de la población nacional.

La labor de los políticos e intelectuales colombianos sería, desde esta perspectiva, diseñar y aprobar una adecuada política de inmigración que le otorgara los suficientes atractivos a los inmigrantes para venir a Colombia sin poner en peligro con ello la soberanía nacional, cumpliendo así con el deber patriótico de mejorar a los pobladores colombianos, a través de su mezcla con elementos extranjeros bien seleccionados, que les inyectaran su laboriosidad y su vigor.

Jiménez López (1929, p. 37) planteaba la necesidad de seguir los argumentos de Gustave Le Bon para garantizar el éxito de la inmigración:

Considerado etnológicamente, la inmigración a nuestros países debe sujetarse, desde luego, a las 3 condiciones en que ha resumido Le Bon la probabilidad de un buen cruzamiento: 1º, que las razas sometidas al cruce no sean muy desiguales numéricamente, 2º, que no difieran demasiado en sus caracteres, y 3º que estén sometidos por largo tiempo a idénticas condiciones ambientales.

A lo que agregó, de su propia cosecha, que los caracteres de una raza compensen las deficiencias de las otras. De forma similar, Luis López de Mesa planteaba que la inmigración no era solamente una adición sino que debía ser una suma planificada racionalmente de acuerdo a las cepas raciales tanto de los inmigrantes como de las poblaciones receptoras. Tres serían entonces las regiones privilegiadas para recibir este caudal de sangre nuevo, Boyacá, para preparar la colonización de la Orinoquía, Huila para hacer lo propio con la de la Amazonía y Antioquia, sobre la cual señala lo siguiente:

Parece raro que así lo diga, pero siendo ese Departamento, el centro de la República geográficamente, y también como vigor de la raza, todo lo que sea robustecerla y depurar su sangre nos es útil (1920a, p. 133).

El mestizaje debía ser enmarcado dentro de una racionalidad que regulara los defectos de la mezcla y que potenciara sus beneficios. Por lo tanto, los inmigrantes provenientes de las regiones templadas y frías no podían ser

introducidos inmediatamente a las zonas cálidas y deletéreas sino que debían pasar por un periodo de aclimatación y mezcla de sus descendientes con los elementos raciales colombianos de buena condición durante un rango temporal de mínimo tres generaciones.

Sin embargo, la inmigración tuvo fuertes críticos, como el ya citado Fernando González (1995), quien planteaba que las tesis europeas sobre las ventajas de la mezcla con sus habitantes, consistía en un simple estratagema para aliviar la sobrepoblación de ese continente, con el importante perjuicio para los países latinoamericanos que los haría perder irremediamente su personalidad singular, tal como había acontecido en Argentina y Uruguay.

El médico y político liberal antioqueño Alfonso Castro (1936, p. 282), también tuvo una actitud escéptica de los beneficios de la inmigración, pues según él,

no vale la pena inquietarnos por los que han de llegar; no hay objeto en señalar desde ahora, con casi seguridad de un fracaso, la raza tal o cual, que ha de ayudarnos a nuestra regeneración moral y física, y que a la fija es tan mestiza y cruzada como la nuestra. A nosotros lo que nos importa es pensar en nosotros mismos, y pensar en superarnos. Nada más.

Castro, percibe incluso la posibilidad del manejo científico de la inmigración y del mestizaje como una quimera, pues los hombres no se manejaban como machos sementales. Además, si se aceptara el diagnóstico de Miguel Jiménez López sobre la degeneración racial de los colombianos su terapéutica sería inadecuada, pues

una raza fuerte y superior no produciría ningún beneficio en nuestras razas decrepitas, porque es un hecho conocido en biología, que cuando uno de los elementos generadores se inferioriza de manera honda y vital, viene la esterilidad, o en caso de producto concepcional, éste es tan precario y poco viable, que no vale la pena de que se le tenga en cuenta, al menos desde el punto de vida de la especie. El resultado sería un hecho de simple reemplazo, una trasplatación en masa de un pueblo vigoroso a un territorio vasto y prolífico con arrinconamiento de los naturales degenerados, incapaces para la vida (Castro, 1936, p. 193).

No obstante, desestima esta opción, ya que en las inmigraciones masivas siempre se desplazan seres débiles y seres fuertes.

Alejandro López por su parte, también articuló una contundente crítica económica y étnica de la inmigración. Este intelectual señaló que la inmigración masiva de europeos, nunca llegaría a Colombia, pues era ilusorio planear la colonización de grandes áreas, sin vías de comunicación que permitieran la venta de lo producido y la compra de los bienes necesarios para la subsistencia. Además, las condiciones económicas del país hacían que éste no pudiera competir con la atracción ejercida por naciones como Argentina, Estados Unidos, Uruguay o

Brasil. Desde su perspectiva:

Para conseguir hoy en el mundo “mano de obra” importable a Colombia, sería preciso incurrir de nuevo en el nunca bien lamentado error de los españoles colonizadores de nuestro País; habría que importar razas inferiores, que irían a bajar el standard de vida actual de nuestros jornaleros. ¿Llegaremos hasta ese extremo? (López, 1927, p. 190).

En vez de gastar los recursos gubernamentales trayendo esta masa poblacional improductiva, su propuesta consistía en usarlos para combatir la anemia tropical, que convertía en pordioseros a los mejores obreros. Se trataba entonces, de no otorgarles ventajas a los inmigrantes que no se estuviese dispuesto a dárselas a los trabajadores nacionales, pues esto hacía aun más problemática la cuestión social. Sin embargo, Alejandro López no se opuso a la inmigración de expertos y de un puñado de agricultores que les mostraran a los campesinos colombianos la importancia del cultivo intensivo de productos tales como el azúcar, el algodón, el tabaco y el cacao.

Reflexiones finales

En definitiva, la mayoría de los intelectuales de elite consideraban la conquista de las regiones *desiertas* del territorio nacional, en especial de las prometedoras Orinoquía y Amazonía, como un reto que una vez superado pondría a Colombia en un primer plano en el ámbito internacional. Sin embargo las divergencias comenzaban inmediatamente se planeaba el cómo y con quiénes se iba a integrar estos territorios; antioqueños, indígenas en proceso de civilización o inmigrantes, parecían ser las opciones más viables.

A pesar de sus divergencias, los tres ejes se sostenían en un conjunto de representaciones colectivas de larga data que resaltaba el carácter fronterizo de los territorios periféricos –fronteras internacionales, étnicas y entre la civilización y la barbarie-, por un lado, y su condición de baldíos, de zonas desiertas –de personas civilizadas-, por el otro. El énfasis en ambas imágenes constituyó la Amazonía, la Orinoquía y en menor medida otras regiones como el litoral Pacífico y las cuencas de los grandes ríos, en espacios receptores de población.

El quid del asunto, estaba en que esta población debía garantizar la soberanía nacional y la explotación de las inmensas riquezas que los más optimistas vislumbraban en estos territorios. No obstante, el Estado colombiano se vio superado siempre por las expectativas y no pudo ni dirigir una colonización planeada de los “mejores elementos nacionales”, ni reducir a los salvajes o lograr atraer un gran número de inmigrantes. El fracaso de estos esfuerzos pareció confirmar que los territorios periféricos eran el revés de los espacios nacionalizados, dada la ausencia del Estado, el alejamiento de los núcleos urbanos de las cordilleras y la presencia de etnias aparentemente aisladas, puras, belicosas y prístinas. Todo ello hizo que en las representaciones que se hacen

sobre la nación primera y primer, la idea de que hay más territorio que nación y más nación que Estado, al tiempo que la apropiación efectiva de estos territorios fuera y siga siendo el fruto de esfuerzos privados auspiciados, tolerados o ignorados por el aparato estatal; esfuerzos que generalmente están ligados a economías extractivas sustentadas en la explotación intensiva e ilegal de la mano de obra y del ambiente.

Referencias Bibliográficas

Arcila, M. A. (2006). El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional en Antioquia. *Historia Crítica* 32.

Bejarano, J. (1920). Quinta conferencia. En L. López de Mesa (Comp.), *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador.

Bonilla Sandoval, V. D. (1969). *Siervos de Dios y amos de indios. El Estado y la misión capuchina en el Putumayo*. Bogotá: Editado por el autor.

Castro, A. (1936). *Lucerna de estudio. Crónicas y estudios*. Medellín: Librería de A. J. Cano.

Domínguez, C. y Gómez, A. (1994). *Nación y etnias. Los conflictos territoriales en la Amazonia, 1750-1930*. Bogotá: Disloque Editores.

Escobar Villegas, J. C. (2004). *Las élites intelectuales en Euroamérica. Imaginarios identitarios, hombres de letras, artes y ciencias en Medellín y Antioquia (Colombia) 1830-1920*. Tesis de Doctorado no publicada. EHESS.

Gaitán, J. E. (1968). El problema social. En J. (Ed.), *Los mejores discursos, 1919-1948*. Bogotá: Editorial Jorvi.

Gerbi, A. (1982). *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México: FCE.

González, F. (1995). *Los negroides. Ensayo sobre la Gran Colombia*. Medellín: UPB.

Jiménez López, M. (1920a). Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares. En L. López de Mesa (Comp.), *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador.

Jiménez López, M. (1920b). Primera conferencia. En L. López de Mesa (Comp.), *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador.

Jiménez López, M. (1929). *La inmigración amarilla a la América*. Bogotá: Editorial

Minerva.

Lanao Loaiza, J. R. (1920). *La decadencia de la raza*. Santa Marta: Tipografía Mogollón.

López, A. (1927). *Problemas colombianos*. París: Editorial París-América.

López, A. (1931). *Idearium Liberal*. París: Ediciones La Antorcha.

López, L. (1910). *La raza antioqueña. Breves consideraciones sobre su psicología, desenvolvimiento, y educación*. Medellín: Imprenta de "La Organización".

López de Mesa, L. (1920a) Tercera conferencia. En L. López de Mesa (Comp.), *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador.

López de Mesa, L. (1920b). Segunda conferencia. En L. López de Mesa (Comp.), *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador.

López de Mesa, L. (1927a). La inmigración y el fomento agrícola. *Progreso*, 1 (12).

López de Mesa, L. (1927b). *El factor étnico*. Bogotá: Imprenta Nacional.

López de Mesa, L. (1939). *Disertación sociológica*. Bogotá: El Gráfico.

Martínez, F. Apogeo y decadencia del ideal de la inmigración europea en Colombia, siglo XIX. *Boletín Bibliográfico y Cultural*, 34 (44).

Mendoza, D. (1994). Inmigración de japoneses a Colombia. En G. Cataño (Comp.), *Evolución de la sociedad colombiana. Ensayos escogidos*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Palacios, M. y Safford, F. (2002). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Bogotá: Norma.

Rojas, C. (2001). *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana y Norma.

Roldan, M. (2003). *A sangre y fuego. La violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953*. Bogotá: ICANH y Fondo para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología.

Ruiz Barreto, E. (1909). Estudiémonos. *La Revista: Política-literatura-historia*, 1 (3).

Serje, M. (2005). *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Uniandes.

Steiner, C. (2000). *Imaginación y poder. El encuentro del interior con la costa en Urabá, 1900-1960*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Taussig, M. (2000). *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*. Bogotá: Norma.

Ulloa, A. (2004). *La construcción del nativo ecológico. Complejidades, paradojas y dilemas de la relación entre los movimientos indígenas y el ambientalismo en Colombia*. Bogotá: ICANH y Colciencias.

Uribe Uribe, R. (1979). Reducción de salvajes. J. M. Eastman (Comp.), *Obras selectas*. Tomo I. Bogotá: Imprenta Nacional.

Villegas, Á. A. (2006). Los desiertos verdes de Colombia. Nación, salvajismo, civilización y territorios-Otros en novelas, relatos e informes sobre la cauchería en la frontera colombo-peruana. *Boletín de Antropología*, 20 (37).

Villegas, J. y Botero, F. (1978). *Putumayo: indígenas, caucho y sangre*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Recibido: 15 de octubre de 2007

Aprobado: 25 de febrero de 2008